

LOS OBISPOS EN ROMA.

Hay algunos periódicos revolucionarios, asaz necios, ó de bastante mala fé, para quejarse amargamente de la presencia de algunos Obispos en Roma. En este hecho, tan sencillo, preténdese ver una conjuración del partido, que ellos llaman *clerical*. ¿Quién los comprende? ora, dicen, que la Iglesia ha acabado; ora, que ellos han dado la libertad á la Iglesia.

Pero, si la Iglesia ha acabado, ¿qué necesidad tiene de libertad? Y si ellos le dan la libertad ¿á qué ocuparse de sus actos, ó considerarlos como una conjuración?

¡Ah! les falta el sentido comun, y caen en continuas contradicciones; hé ahí lo que resulta, tanto de todos sus discursos, como del conjunto de su conducta.

Los Obispos están ligados al Papa por un doble lazo: el de la filiacion, porque reciben de él la potestad episcopal en su precomizacion; y el de la fraternidad, porque ellos, á quienes llama hermanos, son sus coadjutores en la administracion espiritual de los pueblos.

Por deber están obligados á llevar, ó en caso de legitimo impedimento, transmitir á la Santa Sede, cuánto de notable sucede en sus diócesis, y también á visitar, en determinados tiempos, el Sepulcro de los Apóstoles: *ad limina apostolorum*.

Este doble deber, basta á explicar la presencia de los Obispos, que se suceden en Roma, y á demostrar la necesidad y mala fé de los periódicos.

Los Obispos experimentan la necesidad de ilustrarse cerca del Vicario de Jesucristo, y el Vicario de Jesucristo tiene, á su vez, necesidad de ser consolado por ellos. Así sucedió al Divino Salvador, en el Huerto de los Olivos: para suavizar los dolores de su agonia, se dirigia á los apóstoles, á quienes habia encargado que oraran y velaran, para conversar con ellos.

En la larga historia de la Iglesia, las circunstancias de la Pasion se reproducen con una persistencia tal, que nos atestigua la mision divina de los Papas. En nuestros dias, esas circunstancias se suceden con tal similitud y evidencia; que debieran abrir los ojos á nuestros enemigos.

Al *Hossanna* de los primeros años del Pontificado de Pio IX, ha reemplazado el *Noluntis hunc regnare*, y el *Crucifige!* Pio IX lleva el titulo con que le designó, hace muchos siglos, el venerable obispo de Irlanda, Malachias: *Cruz de Cruce*; y la Iconografia pondrá en sus manos una Cruz, y la cruz levantada por la secta, y en la cual le crucifica.

¿Por qué no han de ir los Obispos á Roma?

Los enemigos de la Iglesia deben su éxito actual á las conjuraciones. No sintiéndose seguros de si mismos, se figuran vernos ocupados sin cesar en derribarlos, por los medios que á ellos les han elevado.

Pero nosotros sabemos,—por los numerosos é inevitables ejemplos de sus caidas—que esos medios son vanos. Jesucristo siempre se ha burlado de ellos, haciéndolos servir, en último análisis, á su propia gloria, y á la dilatacion de su Iglesia.

Todas las luchas contra Jesucristo, desde la del Calvario, hasta la de hoy dia, no han servido sino para engrandecer á Jesucristo y á su Iglesia.

Con mucha frecuencia se ha visto, en ciertos países, á algunos Obispos, harto dóciles á la autoridad monárquica, luchar contra la autoridad del Papa. Se ha visto afectar la pretension, no solo de juzgar con el Papa, sino de juzgar al Papa mismo; y han sido conducidos al órden por la fuerza de las cosas, que es como la fuerza misma de Dios. Las revoluciones han obligado al Soberano Pontífice á usar, para la salvacion de la Iglesia, de la plenitud de la autoridad, que Dios le ha confiado, y lo ha hecho con unanimidad

aplausos de todos los Obispos y de todos los fieles.

Contra lo que los enemigos querian y buscaban, una union fuerte, sublime, indisoluble, teniendo por cimiento el amor, se ha formado entre el Papa y los Obispos, entre los Obispos, una union fuerte, sublime, indisoluble, teniendo por cimiento el amor, se ha formado entre el Papa y los Obispos, entre los Obispos, al clero, y á los pueblos; y nunca el menor deseo del Papa provocó mayores y tan maravillosas muestras de obediencia, de amor y de sacrificio.

¿A qué viene, pues, hablarnos de conjuraciones? No las hay, ni puede haberlas. ¿De qué servirían? Nosotros tenemos la union, ó mas bien, la unidad; tenemos el amor, tenemos la libertad, tal como la queremos, y tal como debe ser. Y las conjuraciones destruyen esas tres cosas santas. La prueba la tenemos en que la secta, cuya profesion es conjurar, jamás ha podido dar esas tres cosas, porque no las posee.

La unidad, el amor, la libertad, son frutos divinos: nacen del órden espiritual cristiano; y el órden temporal de los Papas los pro-

duce también. Pero la secta, que es una falsificacion del órden espiritual, y el régimen moderno, que es el órden temporal de la secta, no pueden producir sino la desunion, el odio y la servidumbre.

Dia vendrá, en que los reyes y los pueblos, ó bien los pueblos sin los reyes, lo reconocerán, y confesarán, que el Papa es su Padre, el Vicario de Jesucristo, el Principe por excelencia, y el Dominador de las naciones; así como es el Obispo de las almas. Comprenderán, que, sin él, todos los derechos humanos peligran, más aún que los derechos divinos. Implorarán su ayuda; y entónces, sus deseos serán omnipotentes, lo mismo en lo temporal, que en lo espiritual.

Todo esto se verificará sin las pretendidas conjuraciones de los Obispos; y estos no cesarán, por lo tanto, de rodear al Papa, y de visitar el sepulcro de los Apóstoles.

E.

(*Journal de Florence*, 27 de Noviembre 1874.)